

**EL DISCURSO POPULAR SOBRE LA OBESIDAD.
ANÁLISIS DE CONTENIDO DE UNA DISCUSIÓN VIRTUAL**

**Baltasar Fernández-Ramírez, Elia Esquirol Arias,
Enrique Baleriola Escudero, Cristina Rubio Jiménez**
Universidad de Almería

Los discursos sobre la obesidad

El discurso antiobesidad está tan asentado que es prácticamente imposible encontrar opiniones verdaderamente críticas o alternativas, hasta el punto de que las propias personas obesas parecen haberlo asumido como válido, y sus opiniones expresan de maneras más o menos abiertas su aceptación de los valores negativos que acompañan a la obesidad según la opinión general. Esta dinámica de aceptación y extensión acrítica de la opinión mayoritaria, cuya consecuencia es la normalización de la opinión y la dificultad para cuestionarla, está en la base del análisis de las instituciones cerradas de Berger y Luckman (1968), del concepto de ideología (Teum van Dijk, 1998) o del proceso de normalización señalado por Michel Foucault (1999), Nikolas Rose y Peter Miller (1992) para explicar la ubicuidad del poder a través de la normalización lingüística y de las prácticas sociales. Los discursos oficiales se extienden y se imponen como el único marco posible para la interpretación de la vida social, generan una dinámica extitucionalizada, universos de discurso homogeneizadores y a salvo de la crítica (Francisco José Tirado y Martín Mora, 2004).

El rechazo abierto de la obesidad —tema ya abordado por este equipo de trabajo [1]— es coherente con la información disponible sobre comportamientos discriminatorios contra las personas obesas en múltiples contextos sociales. Los estudios sobre el estigma relacionado con el sobrepeso son antiguos y consistentes en sus resultados desde hace décadas (Kelly D. Brownell, Rebecca M. Puhl, Marlene B. Schawrtz y Leslie Rudd, 2005). OAC (2009) ilustra esta situación con una amplia lista de casos en ambientes escolares, médicos, laborales, de transporte y de ocio, a los que hay que sumar los sentimientos de culpa o el rechazo de las personas en compañía de obesos (obesidad de cortesía, Ervin H. Goffman, 1963; ver Michelle R. Hebl y Laura M. Mannix, 2003). [2]

El actual discurso oficial sobre la obesidad se extendió y se impuso durante la primera mitad del siglo XX, antes de lo cual, la grasa y la gordura compartían también campos semánticos relacionados con la belleza, la salud y una posición económica desahogada [3] (Ángel Acuña, 2001; Jesús Contreras, 2002). Las revistas de divulgación científica, las campañas promovidas desde las administraciones sanitarias, las casas cosméticas y las pasarelas de moda son fuentes de influencia principales en la normalización de la crítica antiobesidad. Además, entendemos que los medios de comunicación tienen un papel crucial, al trasladar al gran público, en un lenguaje popular, los valores y reflexiones técnicas o expertas de los creadores de opinión.

Ahora bien, no creemos que el discurso mayoritario actual sobre la obesidad se haya impuesto por la sutileza de sus argumentaciones o por el rigor de las pruebas que se puedan aducir en su favor. No es una cuestión de crítica científica sobre la que se pueda discutir en el terreno de la argumentación. Las noticias resultan creíbles porque son coherentes con la opinión extendida y tienen una mínima verosimilitud que permite al público general utilizarlas para esbozar argumentos *ad hoc* en sus conversaciones cotidianas y en sus decisiones de consumo.

En esta línea, contamos con antecedentes suficientemente ilustrativos sobre los contenidos y valores que diversas publicaciones trasladan al público femenino, juvenil o general. En sendos análisis de los contenidos de revistas femeninas y juveniles, Deana B. Davalos, Ruth A. Davalos y Heidi S. Layton (2007) concluyen que el principal mensaje transmitido es que las mujeres deben ser delgadas, bonitas y atractivas para los

hombres. Giane M.A. Serra y Elizabeth M. Santos (2003) encuentran similares resultados sexistas en algunas revistas para adolescentes. Igualmente, Sarah Grogan (2008) trata de manera extensa sobre la imagen irreal de la mujer que trasladan los medios de comunicación, y los sentimientos de insatisfacción, inseguridad y victimismo que las mujeres dicen sentir ante este tipo de mensajes públicos.

Nosotros mismos hemos encontrado en la prensa española pautas para tratar cuestiones relacionadas con la obesidad que, como mínimo, podrían ser tachadas de generalizaciones incorrectas y de expresiones groseras para hablar sobre las personas obesas (Fernández-Ramírez, Esquirol y Rubio, 2010). En este caso, el discurso preponderante se elabora en términos de salud y enfermedad. Cercanas a cierta imagen de marginalidad social, las personas obesas quedan retratadas como voraces, enfermas del exceso de apetito, incapaces de controlarse y de realizar sencillos esfuerzos sin ayuda externa, síntoma o preludeo de múltiples patologías que comprometen a todos los sistemas vitales, anormales en su cuerpo, su tamaño y su entorno social, raras, peligrosas para los suyos por influir en hábitos alimenticios de riesgo, perezosas, caras para el sistema sanitario e inútiles para el contexto laboral, entre otras lindezas supuestamente avaladas por la comunidad científica. (Restan aún por analizar las “graciosas” imágenes que ilustran este tipo de noticias, incluyendo elefantes arrugados, bebés enormes y caricaturas de mujeres gigantes desproporcionadas).

El problema del método

Desde una perspectiva construccionista, los resultados de toda investigación son el producto de la interacción entre el investigador y lo investigado, sobre todo en las ciencias sociales, donde el componente lingüístico tiene un valor hermenéutico y reificador tan importante [4] (Baltasar Fernández-Ramírez, 2009; Tomás Ibáñez, 2006). A partir de un material difuso y escasamente delimitado, el investigador va poco a poco dando forma a lo que será el material que finalmente se analizará (los datos están sobredeterminados por la teoría y por el método de estudio; Ibáñez, 1990), imponiéndole categorías teóricas relevantes para el investigador, que ayudan a dar nombre y delimitar el contenido, la extensión y las características de los datos. Las categorías finales de análisis surgen de esta interacción y no se encuentran inscritas en los objetos de estudio, al menos por cuanto son categorías semánticas cuyo significado

pertenece a los juegos de lenguaje del investigador o de las personas que participan en la investigación.

Aunque nos parece una distinción poco clara que merece ser revisada, preferimos situarnos en el terreno de un contexto de descubrimiento, al modo de una *constructionist grounded-theory* (Kathy Charmaz, 2005), en la que la realidad social es analizada en sus aspectos cualitativos utilizando técnicas de análisis y recogida de información exploratorias y con datos no cuantificados (Lupicinio Íñiguez, 2003). Somos conscientes de que la investigación tiene consecuencias sociales de orden político, porque hace visibles o pone en cuestión los intereses establecidos, al replantear conceptos y prácticas sociales tenidas por verdaderas. Esto exige una perspectiva metodológica que transforme la tradicional “objetividad” en un diálogo constructivo entre los investigadores y aquellos que son investigados (Marilyn Strathern, 1991; Stephen A. Tyler, 1991).

En el caso que nos ocupa, hemos reflexionado en torno a las opiniones emitidas por un grupo de lectores en un foro vinculado con una noticia sobre obesidad publicada en la edición digital de un periódico de difusión nacional. El objetivo es estudiar una muestra no intencional de lenguaje común, tal como se encuentra en la expresión espontánea de los lectores que participan en el foro de la noticia. No obstante, nuestra intención no es tanto conocer cómo se expresa un grupo variopinto y azaroso de personas no expertas en el tema (ninguno se identifica como tal, ni el lenguaje que utilizan sugiere otra cosa), sino el campo de posibilidades de argumentación o de acción que dejan abiertas las opiniones remitidas al foro. No nos interesa *cómo piensan* los lectores de la noticia, sino *en qué posición quedan* las personas obesas una vez que las opiniones son publicadas y aceptadas por la mayoría (al menos, tácitamente, por cuanto, como veremos, parecen opiniones muy extendidas que apenas son cuestionadas por algún lector).

Seguimos así las ideas de Brownyn Davies y Rom Harré (2007) sobre la función del posicionamiento social, y las ideas de Michel Foucault (1979) sobre el papel de las condiciones de posibilidad en la normalización social, entendidas como un estado de opinión que legitima lo que puede y lo que no puede ser dicho y hecho respecto de alguna cuestión de interés social. A efectos de relación social, no importa tanto la intención del emisor ni la veracidad del contenido del mensaje, como el lugar o posición

en que el mensaje deja a las personas. Por ejemplo, la discutible consideración de la obesidad como enfermedad (ni siquiera figura como tal en el catálogo de enfermedades de la OMS) sitúa a las personas obesas en una posición de desvalimiento (discapacidad) que las presenta ante la sociedad como personas necesitadas de ayuda o como irresponsables que se han labrado su propio mal (Baltasar Fernández-Ramírez, Cristina Rubio, Ana Belén Gallego y Elia Esquirol, en prensa).

La hora del “orgullo gordo”

El origen de la discusión es el artículo titulado *La hora del “orgullo gordo”*, publicado en la sección de *Sociedad* de la edición digital del periódico *El País*, el 30 de noviembre de 2009. Se trata de un reportaje de algo más de tres páginas (en su versión imprimible), en el que el periodista se hace eco de la polémica social sobre la cuestión de la obesidad. El autor del artículo expone dos posturas opuestas, en representación de los defensores del “orgullo gordo” y los críticos antiobesidad. Plantea la cuestión con un ánimo controvertido y exponiendo con claridad los argumentos a favor y en contra, sin menoscabar la legitimidad de ninguna de las opciones en el modo en que son presentadas en el texto, a pesar de que las opiniones vertidas dejan entrever que el articulista se alinea con los argumentos que representan al grupo antiobesidad, expresados de manera tajante y agresiva en el artículo.

El material de estudio está compuesto por los 135 mensajes remitidos por los lectores de la noticia a un foro público disponible a tal efecto por el propio periódico. Se trata de intervenciones breves, que oscilan entre las siete y las doscientas cincuenta y tres palabras, con estilos de redacción variados, donde los lectores expresan su opinión sobre la noticia y, en ocasiones, se responden entre ellos expresamente.

El eje principal de la discusión es la argumentación y la crítica en torno a las dos posiciones presentadas en la noticia. El apoyo o rechazo a la causa del orgullo gordo se defiende con argumentos diversos, y sobre todo con un uso extenso de recursos retóricos (legitimación del hablante, metáforas, símiles, énfasis, hipérboles, concesiones, etc.). También se denuncia repetidamente la existencia de comportamientos discriminatorios en la sociedad, que son censurados explícitamente por quienes afirman ser obesos, o son reinterpretados como situaciones de rechazo

“comprensible” y no criticable por los críticos antiobesidad (p.ej., ser fea y no resultar atractiva, o ser censurado por el discurso médico, no serían casos de verdadera discriminación, así que la queja no estaría justificada). Parte de la discusión alude a las posibles causas o circunstancias que hacen que una persona sea obesa, así como a las consecuencias físicas, sociales o de salud que conlleva ese estado. Finalmente, son tratadas de manera puntual cuestiones como la falta de estandarización del tallaje de la ropa utilizada por la gente obesa, la dificultad para encontrar tallas grandes, o si la cuestión del precio convierte el comer sano en un privilegio sólo al alcance de unos pocos.

El procedimiento de trabajo

Con matices, este estudio se mueve entre el análisis de contenidos y el análisis del discurso (Peter Manning y Betsy Cullum-Swan, 1994). Del primero, tomamos el procedimiento de categorización y ordenación de los textos; del segundo, la intención de problematizar pautas sociales de valoración de la obesidad y el objetivo de dar forma a un lenguaje respetuoso que deslegitime el rechazo y la estigmatización de las personas corpulentas.

Los miembros del grupo de trabajo discutimos sobre los diez primeros mensajes del foro, creando una ficha inicial de registro en la que se incluyeron un primer grupo de campos semánticos centrados en el contenido de los mensajes (y un segundo grupo, que no será discutido aquí, centrado en los recursos retóricos utilizados por los lectores). La ficha fue siendo modificada y matizada mediante su aplicación a los siguientes veinte mensajes. Una vez en este punto, no volvió a ser modificada, revisamos las interpretaciones de los mensajes anteriores y completamos su aplicación con una selección de aquellos mensajes restantes que introducían elementos o argumentos nuevos en la discusión, reduciendo así la redundancia de la información. En todos los casos, cada mensaje fue analizado y fichado por separado por todos los miembros del grupo, y posteriormente discutido y puesto en común en reuniones del equipo. Utilizamos el resto de los mensajes de manera no sistemática para ilustrar algunos argumentos en la presentación de los resultados.

Entendemos la unidad de análisis de manera flexible como aquella parte de cada mensaje que se puede distinguir del resto por aportar un significado propio al mismo, atendiendo a las posibles “implicaturas” pragmáticas (Íñiguez, 2006). Frente a un instrumento convencional para el análisis de contenido, concebimos las categorías de análisis como campos semánticos flexibles (abiertos a la redefinición continua), no exhaustivos (cada mensaje o parte del mensaje puede ser separado y reasignado de modos diferentes en función de las preguntas de investigación) y no excluyentes (cada unidad de análisis —palabra, oración o parte del mensaje original— puede ser asignada a distintas categorías al mismo tiempo, dado que el lenguaje es flexible y sugiere significados diversos). El procedimiento persigue facilitar la construcción conjunta, por parte de los miembros del equipo, de los campos semánticos que articulan la interpretación y la posterior exposición de resultados [5].

El resultado del estudio pondrá de manifiesto los elementos semánticos que componen, de manera flexible, el marco desde el que las personas participantes en el foro interpretan y juzgan la cuestión de la obesidad. Frente al concepto clásico de “marco” (Goffman, 1974), vinculado con los heurísticos individuales que utilizamos para interpretar nuestro mundo, quisiéramos enfatizar la idea de que los campos semánticos posicionan a las personas en un juego mutuo de relaciones, en el que el discurso determina y legitima los roles posibles que se reservan a la persona (Davies y Harré, 1990; Goffman, 1981). Siendo interesante el modo en que las personas hacen uso de los argumentos contra la obesidad que aquí veremos, nos parece de mayor relevancia la posición disminuida o peyorativa que los propios argumentos reservan para las mujeres obesas y en general, las personas corpulentas.

Veamos a continuación los distintos campos semánticos que hemos elaborado y sus contenidos. Ilustraremos nuestros comentarios con algunos extractos de los mensajes originales, sin retocarlos ni eliminar los errores ortográficos y sintácticos originales. Identificaremos cada extracto con el número de orden con que el mensaje fue remitido al periódico, dado que no existe ningún otro identificador relevante para nuestro análisis. (Sólo conocemos el pseudónimo de los lectores y la hora exacta en que se recibe el mensaje. Ambos pueden ser consultados en la hemeroteca del periódico [6]).

Los obesos son comparados con otros colectivos rechazados por la sociedad

La comparación es utilizada para justificar o criticar el rechazo a la obesidad, defendiendo que lo que se aplica sobre estos grupos, debería ser aplicado del mismo modo con las personas obesas. Aunque los mensajes enviados por personas obesas o por críticos antiobesidad difieren significativamente, todos ellos usan grupos de comparación a los que se atribuyen conductas o características no saludables o socialmente inadecuadas. Los lectores obesos utilizan las comparaciones para criticar la discriminación que sufren, asemejando a los discriminadores con homófobos, racistas o con quienes discriminan a las personas con discapacidad. El siguiente lector, por ejemplo, pone en evidencia la falta de tacto e incluso la crueldad de las personas que hacen burlas de este tipo de colectivos:

Decirle a un comedor compulsivo, ¡gorda / gordo! es como decirle a un gay, ¡Hola gay, que bueno que estas entre nosotros! O decirle a un minusválido ¡He, tu, el de la bicicleta recortada, eres un comodón porque siempre vas sentado! ¡¡¡jajaja!!! (nº 096)

Los críticos aducen el matiz de la invariabilidad para negar que su punto de vista sea discriminatorio. No sería correcto criticar a personas por una condición intrínseca que les ha venido impuesta desde el nacimiento:

Lo esencial de racismo y homofobia es la oposición a condiciones o naturalezas humanas INVARIABLES, CONATALES. Es humano aceptarlas como son y en condiciones de igualdad (nº 076)

Pero, argumenta este mismo lector, no sería igual que criticar a las personas obesas, cuyo estado es responsabilidad de ellos mismos y podría ser cambiado si lo desearan:

Obesidad [...], así como (in)cultura, fanatismo, drogadiccion NO SON invariables, son fruto de la propia desidia o de la propia obcecación. Critcarlo, oponerse a tener que cargar como tercero de las consecuencias, es legítimo y tienen un factor positivo: evitar que esas lacras se extiendan (nº 076)

El resultado es peor aún, si cabe. Los obesos no pueden ser comparados con homosexuales o personas de otras razas, desmontando así el argumento del racismo o la homofobia. Sería más correcta la comparación con incultos, fanáticos o drogadictos, grupos sociales indeseables, merecedores de rechazo y calificados, igual que los obesos, como lacras sociales (el término es significativo: en España, lacra social se utiliza comúnmente para hablar del terrorismo o de males terribles para la convivencia o la salud pública).

Un segundo tipo de comparación iguala a *obesos* y *delgados* como patrones corporales no saludables. Aquí se incurre en la falacia de considerar que ambos colectivos pueden ser situados en un continuo definido por el peso y criticados por el exceso (metonimia: la característica del peso define la categoría, eliminando otras características sustantivas relevantes). Peso y exceso serían características comunes que permiten criticarles por las mismas razones, difusamente relacionadas con la máxima, aplicada de forma también falaz, de que la virtud estaría en el punto medio [7]. Véase en el siguiente mensaje los matices que acompañan la gradación dentro del supuesto continuo:

Pero los extremos, obesos y los esqueléticamente delgados, no son saludables. Además son una carga para la sociedad. Creo que tenemos que diferencias entre gordos y obesos, y entre los delgados y los esqueléticos. Creo que todos los extremos son malos.

Tan nocivo para la salud pública son las modelos anoréxicas con cara de cadáver como los obesos orgullosos de serlo (nº 023)

La alusión a la imagen cadavérica de la extrema delgadez introduce otro matiz en el que ambos grupos son equiparados en el espacio semántico de la fealdad y lo monstruoso. (Nótese cómo los obesos resultan igualados con los esqueléticos, y los obesos orgullosos con las modelos de cara de cadáver). No obstante, la *enfermedad* que ambos grupos comparten (el *exceso*) les releva de responsabilidad y reclama un trato digno:

Por supuesto que no deben ser discriminados, como tampoco debe serlo ningún otro enfermo (nº 023)

El criterio de la salud es utilizado de manera diferente cuando se pretende justificar o criticar la obesidad. Los obesos utilizan la comparación con distinto tipo de enfermos para reclamar sus mismos derechos, mientras los críticos antiobesidad ironizan sobre la absurda ampliación lógica de las acciones afirmativas a todo tipo de colectivos:

Habrá que admitir que el mismo derecho tiene cualquier otra persona a estar extremadamente delgado, y no ser discriminado (nº 013).

A los calvos, y a los bizcos, y los bajos, y a los feos... y todos los que en general se salen un poco de la media de lo que se considera normalidad [...] ¿Habrá que hacer un día del orgullo de cada uno o bastará con pedir que se cumplan las normas de no discriminación? (nº 048).

Yo puedo tener orgullo drogadicto, orgullo alcohólico, orgullo pederasta, etc, pero no dejarán de ser conductas o hábitos no saludables, e incluso reprobables (nº 033)

En cualquier caso, el resultado sigue siendo un posicionamiento negativo de la obesidad, con independencia de la intención del lector. Las personas obesas quedan vinculadas o igualadas con grupos socialmente rechazados, ya sea por la pretensión de disfrutar de sus mismos “derechos”, o por el recurso retórico (ironía) de llevar al absurdo la posibilidad de sentirse orgullosos de sus cuerpos. En el primer caso, los obesos reclaman la consideración de “enfermos”; en el segundo, quedan retratados como personas con vicios socialmente mal considerados.

Una última comparación interesante hace referencia a personas de gran reputación (Churchill, Hitchcock, B.B. King; mensaje nº 128), cuya evidente obesidad no les ha impedido alcanzar el éxito y el reconocimiento pleno de la sociedad.

El rechazo de la obesidad es un caso de discriminación

Tal como es definida por el DRAE, se considera discriminación a la acción de *dar trato de inferioridad a una persona o colectividad por motivos raciales, religiosos, políticos, etcétera*; en definitiva, todo aquel comportamiento que otorgue a otras personas un estatus inferior respecto al de uno mismo. Aunque parece fácil juzgar una acción como

discriminatoria, la cuestión se presta a cierta ambigüedad debido a la presencia de ciertas claves contextuales [8].

En ocasiones, el rechazo se expresa con dureza:

La gente ya no sabe que hacer con su tiempo libre y mira lo sale de ahí “el orgullo gordo”, ja ja ja yo de verdad pienso que es patético (nº 046)

Todo esto es una estupidez, la obesidad es una enfermedad grave (nº 042)

El rechazo es vivido de manera traumática, tal como se desprende de la vehemencia con que los lectores obesos describen sus sentimientos y sus consideraciones al respecto. Las referencias al comportamiento totalitario de nuestra sociedad aparecen repetidamente y son expresadas con rotundidad:

Yo he sido gorga hasta hace muy poco y es verdad que hay una dictadura sobre las personas q sobre pasan la talla 44. Si a esto unimos que eres mujer, apaga y vámonos. Pero esto es reflejo del tipo de sociedad imperante. La sociedad de la apariencia y la mentira (nº 001)

Las personas gordas no siempre lo están por pereza. Ya vale de fascismo de los “normales” (nº 028)

Pocas sociedades hay en Europa tan frívolas como la española; sinceramente, damos asco (nº 003)

Sin embargo, las opiniones que podríamos calificar como discriminatorias (no remitidas por lectores obesos), son argumentadas con cuidado, matizando el tipo de personas obesas que deberían cambiar para dejar de serlo, o intentando dejar claro que no se trata de comportamientos prejuiciosos:

Nadie les discrimina, solo se intenta evitar que se llegue a una situación que es mala para la salud (nº 009)

¿Discriminarlos? No, casi nadie merece ser discriminado... ayudarlos para que cambien sus hábitos y adelgacen haciéndoles entender que es bueno para ellos principalmente, y sobre todo para las arcas públicas (n° 020)

Reconocemos aquí el estilo sutil de la argumentación prejuiciosa, es decir, cierta ambigüedad por la que el rechazo debe ser argumentado, suavizado o disimulado para no entrar en conflicto con otras normas de convivencia democrática [9]. Frente al cuestionamiento pleno de cualquier comportamiento discriminatorio, debe tenerse en cuenta que cualquier argumento que pretenda matizarlo, no hará sino legitimarlo de forma sutil y abrir la puerta a su normalización social. En nuestro caso, la (no) discriminación es justificada en función de las supuestas consecuencias sociales de la obesidad. Los argumentos usados son múltiples, por ejemplo:

la gordura es antiecológica (n° 004)

Tu figura, siento decirlo, no era atractiva para el hombre en general (n° 006)

la obesidad es una pandemia (n° 014)

estar orgulloso de tener sobrepeso cuando tanta gente muere de hambre me parece repulsivo (n° 130).

La fealdad, la enfermedad o el rebuscado y espurio argumento de que las personas obesas se están comiendo lo que les falta a tantas personas pobres en el mundo, fijan una causa “objetiva” e “indiscutible” para considerar al obeso como peor que los demás, como alguien a quien debe hacerse cambiar, desplazando de este modo la responsabilidad en la discriminación. Al contrario, dado que no asumen las consecuencias de sus actos, la sociedad tiene derecho a criticarles (a herirles), ellos son los responsables, ellos se lo han buscado con su comportamiento irresponsable.

Si ellos consideran que deben estar orgullosos de polucionar el planeta con sus calorías, que paguen por ello (n° 054).

Qué decir del absurdo de pensar que alguien pueda ser considerado *inferior* por no ser *atractivo*, teniendo en cuenta la idiosincrasia y la fugacidad del concepto de belleza. En

cuanto a los argumentos médicos, la idea de que la obesidad es una enfermedad que amenaza al mundo, da pie para el rechazo, justificado por la mayor jerarquía social que los legos atribuyen a la medicina y a la opinión médica experta. Además, añade la connotación de *infectado*, la obligación de ser puesto en cuarentena, ser apartado (en definitiva, ser discriminado), para no *contagiar* a los demás y no suponer una amenaza (no es discriminación, argumentan los críticos, tenemos que evitar que su obesidad nos perjudique).

No se les debe discriminar, cierto, pero no debemos olvidar que estar gordo no es bueno para el cuerpo. Por mucho que nos empeñemos en reconocer la diversidad, la obesidad no es una variación, es un estado anómalo del cuerpo (nº 113)

Comer lo que quieras en exceso, haciendo que tu metabolismo se colapse hasta que mueras (y si no, pensad en el número de ancianos con obesidad) es un insulto a todos los seres humanos que mueren de hambre (nº 067)

En definitiva, queda patente la existencia de una red de argumentos que pasan de la recriminación al rechazo, lo que unido a la presión social para *lucir un cuerpo perfecto*, convierte a los obesos en vulnerables a estos mensajes al encontrarse con un sumatorio inesperado de acusaciones. Véase el acertado resumen que hace uno de los lectores sobre las razones por las cuales la obesidad merece rechazo (sólo falta la cuestión de la fealdad):

Es un problema médico (su propia salud), ético y de solidaridad (con lo que come un gordo se podrían alimentar 10 personas normales), sanitario y económico, a sufragar entre todos (nº 053)

También es patente la falta de lógica de los argumentos antiobesidad por distintas razones, desde la reiterada falacia malthusiana (¿de verdad alguien cree que si los gordos comiesen menos, se acabaría el hambre en el mundo?), a la connotación de *infectado* derivada del discurso médico (¿de qué germen es la infección que habrá de contagiarnos a todos?). El rechazo puede ser tan perentorio o gratuito que es tremendamente sencillo cuestionarlo dando la vuelta al argumento, como muestran estas opiniones enviadas por personas obesas:

A ese paso llegara un día, aunque ya se hace, que se discrimine a las personas mayores y a los minusválidos, a los parados y pobres, y así sucesivamente. El que quiera estar gordo que lo este, yo jamás he dicho que todos los delgados tengan que engordar o que los calvos tengan que lucir melena (nº 131)

También es cierto que la mayoría de los sobrepesos se deben a factores culturales. Ahora decidme si podemos entonces discriminar por factores culturales, porque no pararíamos (nº 062)

Me encuentro totalmente discriminada en la sociedad por mi peso y veo a gente delgada mas enferma que yo, quejarse de que los gordos somos enfermos. Creo que tenemos que aceptarnos como somos. Todos tenemos defectos (nº 068)

Este último mensaje es llamativo e ilustra el modo en que las propias personas obesas asumen que su estado no es el deseable, legitimando la posibilidad de ser criticado y la obligación de cambiarlo. En un claro paralelismo con las luchas feministas que deben vencer también la opinión de las mujeres no dispuestas a modificar su tradicional estatus de inferioridad ante el varón, la lucha del orgullo gordo tiene una importante barrera que vencer en la fuerte opinión autocrítica de muchas personas obesas.

La obesidad (no) es una enfermedad

Abundan los mensajes que asumen que, efectivamente, la obesidad perjudica la salud. La enfermedad no es el tema central de estos mensajes, sino que, dándose por sentada sin mayor argumentación, es usada para reforzar o para argumentar acerca de cómo hay que tratar con las personas obesas, si es o no discriminatorio el trato o si estaría justificado el orgullo por ser obeso. Se muestra así hasta qué punto está asumida en el imaginario popular la creencia de que las personas obesas están *enfermas de obesidad*.

Muchos identifican las causas orgánicas o psicológicas que producen la obesidad, que aparece así como la consecuencia de otras patologías:

Por un problema de tiroides, no adelgazo ni a tiros (nº 028)

Estoy obesa, así es y lo llevo [...] pero mis hormonas dicen que toda mi materia grasa ahí se queda (nº 030)

Los picos glucémicos, causantes estos últimos de muchos “ataques de hambre” (nº 060)

De hecho, implicaría en unos casos una adicción a la comida (nº 067).

En el argumentario de la enfermedad, también se encuentra un enfrentamiento entre aquellos que piensan que el obeso-enfermo no causa *mal* a nadie (*Es una decisión personal que no hace daño a nadie más*; nº 008), y los que afirman que su enfermedad tiene repercusión en el resto de la sociedad (*La obesidad es una pandemia*; nº 014). Como se puede imaginar, ambas opiniones sugieren consecuencias totalmente contrarias en la legitimación social del rechazo (discriminación) o en la atribución de responsabilidades sobre las supuestas consecuencias sociales (*vid. infra*).

No obstante, la obesidad no siempre se traduce en un problema de salud. Este argumento es utilizado tanto por obesos como por críticos. Los primeros asumen que no están enfermos, aunque reconocen la existencia de consecuencias incómodas o indeseables:

Mi marido, que viene de una familia de obesos [...] el único problema que tiene relacionado con el sobrepeso es que le duelen las rodillas (nº 119)

No es tan sencillo, el peligro de la obesidad radica en la obesidad morbida, donde se generan serios problemas de salud, pero el estar corpulento, algo gordo no tiene porque ser negativo si eliminas otros factores de riesgo (nº 133)

Por su parte, los críticos asumen que no es un problema de salud en todos los casos, pero que podría derivar en una situación de enfermedad:

Tampoco en todos los casos es una enfermedad, no confundamos la parte por el todo [...] no dejan de ser hábitos no saludables (nº 033)

Estar por encima o por debajo de esos límites supone entrar en el terreno de la enfermedad (nº 023)

La opinión del lector nº 033 apunta a la metonimia como uno de los orígenes retóricos de la confusión: que algunas personas obesas enfermen por patologías que tienen que ver o son exacerbadas por su sobrepeso, no convierte a todo el colectivo en enfermos, a pesar de que esta sea la impresión que se ha generalizado (incorrectamente) en nuestra sociedad. El lector nº 023 sugiere los límites de peso como criterio para distinguir entre tipos de personas obesas, si bien los límites quedan indefinidos favoreciendo que la distinción se generalice hasta asumir que toda obesidad sobre el límite sería enfermedad, cuestión que no tiene por qué estar tan clara.

Los obesos se quejan de la discriminación que sufren, pero tienen perfectamente asumido el discurso de la enfermedad. Nótese el caso de la siguiente lectora, segura de enfermar en el futuro si no es intervenida quirúrgicamente. A pesar de no tener ningún problema de salud, asume que el discurso médico es correcto y tarde o temprano sufrirá esas enfermedades “que los obesos solemos tener”.

Segun los medicos es obesidad morbida, en unos meses pasaré por quirofano para que me hagan un bypass gastrico, es algo que ansio desde hace mucho, no por el hecho de que vaya a adelgazar, sino porque mi salud sera mejor y podre evitar tener diabetes, colesterol y demas enfermedades que los obesos solemos tener, que por suerte todavia no tengo (nº 030)

En cualquier caso, es evidente que todas las opiniones incluidas en este apartado alimentan la creencia de que la obesidad es una enfermedad, en la medida en que los lectores mantienen un lenguaje que trasluce la preocupación por la salud. Está implícita aquí la cuestión paradójica de tantas personas obesas, sobre todo mujeres, que se quejan de ser mal vistas y sufrir evidentes rechazos en todo tipo de situaciones, y sin embargo, están dispuestas a sacrificarse (dietas, cirugía, ejercicio) para adelgazar apenas sobrepasan en unos kilos el ideal de salud y belleza que nuestra sociedad se ha trazado. En el rechazo de sí mismas, dan la razón a quienes las rechazan.

Las personas obesas perjudican a la sociedad

Las consecuencias sociales atribuidas a las personas obesas son variadas, en general negativas, y los argumentos que las sostienen asimismo son múltiples. Las consecuencias más claras y directas son las de tipo económico y sanitario:

Estás gordo, vas a causar problemas a las aerolíneas y a la seguridad social
(n° 019)

Que asuman las consecuencias económicas para la sociedad de su insensatez
(n° 021)

Tan nocivo para la salud pública son los modelos anoréxicas con cara de cadáver como los obesos orgullosos de serlo (n° 023)

Este último juicio puede llegar a ser realmente aterrador (¡quien se sienta orgulloso de su obesidad es un peligro para todos nosotros!), puesto que implica negarles el derecho a sentirse cómodos en consonancia con su cuerpo, y llevado a sus últimas consecuencias, rayaría con argumentos de control de la población intolerables en una sociedad occidental. No extraña que los lectores críticos asuman cierta actitud totalitaria amparada en el supuesto derecho de la sociedad (evidentemente, la sociedad son *todos menos* los obesos, que quedan fuera por arte de metonimia discriminatoria) para “educar” e intervenir en las vidas de los obesos, con el fin de salvaguardar el bienestar del resto de la población.

Ayudarlos para que cambien sus hábitos y adelgacen haciendoles entender que es bueno para ellos principalmente, y sobre todo para las arcas publicas
(n° 020)

Cada uno tiene derecho a tener el fisico que quiera (y que pueda). Pero cuando entramos en el ambito de la salud, la sociedad deberia actuar (n° 106)

El argumento es especialmente impactante cuando se utiliza la figura de los niños como afectados principales por el problema. Con independencia del modo que sean afectados (por razones de salud o de desempeño diario, tanto como por la presión social de un entorno estigmatizador), los niños se utilizan aquí como excusa para una generalización a todas luces incorrecta.

Por su ineptitud muchos niños pagaran con su salud (nº 103)

Y esto es especialmente grave en niños de familias sudamericanas. Habría que educar a los padres en alimentación saludable (nº 039)

Sobre el “orgullo gordo” en USA, hay niños de 7-12 años que pesan una barbaridad, alterando totalmente su crecimiento y sus procesos hormonales.

No es para estar orgulloso (nº 006)

La siguiente idea gira en torno al argumento de que quienes comen demasiado están dejando sin comida a todos aquellos que pasan hambre en el mundo. Además de un lastre para la sociedad, el comportamiento irresponsable de las personas obesas sería ofensivo:

Es un insulto a todos los seres humanos que mueren de hambre (nº 067)

Consumen más recursos de los que deberían consumir, en un planeta con alimentos escasos (nº 004)

El argumento remeda la tradicional tesis malthusiana de que el crecimiento de la población sobrepasaría la oferta de alimentos (o de recursos naturales), amenazando la supervivencia de la humanidad. Aunque las críticas a la *falacia malthusiana* son contundentes (ignora el papel de la tecnología y el factor humano para incrementar la producción de alimentos y recursos), el argumento tiene un sorprendente éxito popular. Pensar que el alimento mundial disponible es como un gran cesto del que unos están sacando más que otros, es una simplificación metafórica apenas válida para una conversación coloquial. Las personas obesas no están trayendo el hambre al mundo, puesto que se deben tener en cuenta las distorsiones económicas y los acontecimientos históricos para entender la situación actual de los países pobres. Más parece que,

aplicado sobre la obesidad, el argumento pretende apelar a las conciencias sensibilizadas con la pobreza y situar a los obesos en una posición ética indefendible más allá de las consecuencias para su estado de salud o sus dificultades diarias.

Los críticos se sirven de la idea de responsabilidad personal, que trataremos posteriormente, para legitimar sus críticas y trasladar a las personas obesas la carga de la solución de los supuestos problemas que causan a la sociedad. Dado que “*la obesidad es fruto de la propia desidia o de la propia obcecación*” (nº 076), podría afirmarse que no tienen conductas *saludables* (es decir, no están delgados) porque no quieren, de tal modo que son culpables de los problemas sociales que provocan, luego ellos mismos deberían ponerle solución y hacerse cargo de todos los gastos que conlleva. (Nótese en el siguiente ejemplo el modo incorrecto en que se infla la repercusión de la obesidad para la sanidad pública, asumiendo que la demanda de servicios sanitarios es frecuentísima).

Si tienes 18 años te gustan las motos y los domingos te piensas que eres Rossi... paga por ello. Lo mismo si te va la comida basura y estás en el hospital público cada mes (nº 117)

Los obesos no deberían perder sus derechos ciudadanos por serlo, pero alguien se tendrá que hacer cargo del problema y del coste que generan (solo cuando es una opción elegida voluntariamente, como el que se hace alpinista), y no el resto de ciudadanos (nº 108)

Además de las ya citadas, aparecen otra serie de consecuencias de menor “impacto”, sin despreciar que cada crítica, discriminación o prejuicio acaban formando parte de un *crescendo* que va dando forma a un lenguaje con infinidad de notas en contra de las personas obesas. Por ejemplo, la cuestión del transporte público, aparentemente menor puesto que sólo afecta a individuos particulares que comparten trayecto con obesos (la mezcla de argumentos en el segundo extracto es llamativa):

Si comes mal y en exceso, lo has de pagar de alguna forma. Ya sea pagando por dos billetes de avión en lugar de uno, ya sea con aportaciones más altas a la seguridad social (nº 117)

Viajar en avión, tren, autobús con un gordo al lado, resulta no sólo incómodo, sino peligroso por obvios motivos de movilidad...asi va el mundo...y la mitad de la población mundial literalmente sin comer... (nº 056)

La queja por la incomodidad encuentra respuesta en el siguiente lector, que apela a la comparación con otros grupos para demandar un trato no discriminatorio:

Y en cuanto a los que afirmáis que los gordos “causan problemas” en un avión o en la Seguridad Social, ¿verdad que os escandalizaríais si yo digo lo mismo de la “lata” que da un minusválido para entrar a un avión, o del gasto que supone un transexual que se somete a un cambio de sexo con dinero público? También los altos “molestan” en los aviones, y los bebés y los ancianos; y estos y los cancerosos y los inmunodeficientes “gastan mucho” en la sanidad pública... Más delicadeza, por favor, cuando tachemos a los “distintos” como molestias. (nº 041)

Resígnate, seguirás siendo una persona obesa

La visión que la sociedad tiene de las personas obesas está cargada de prejuicios negativos que hacen del obeso un excluido. Esto se hace más notable entre las mujeres, tradicionalmente sometidas a una mayor presión social por su aspecto físico. La siguiente lectora, por ejemplo, muestra su frustración y su resignada aceptación de que, si eres obesa y mujer, no hay solución ni esperanza.

Yo he sido gorga hasta hace muy poco y es verdad que hay una dictadura sobre las personas q sobre pasan la talla 44. Si a esto unimos que eres mujer, apaga y vámonos (nº 001)

También los no obesos recomiendan resignarse ante un problema que no parece tener fácil solución:

Ser gordo es como ser feo como ser pobre o como ser idiota... [...] de momento es así, a lo mejor dentro de 50 años estar gordísimo es lo que mola... (aunque lo dudo!) (nº 016)

A esto podemos unir otros comentarios que llevan a conclusiones similares, como el caso de un lector cuyo mensaje responde a una chica que se ha realizado una reducción quirúrgica de estómago:

Tu figura, siento decirlo, no era atractiva para el hombre en general y ahora si lo es. No es cuestión de educación, civismo, sociedad, como quieras llamarlo, es una cuestión animal (nº 006)

Estamos violentando nuestra realidad animal constituyente, y la obesidad (enfermedad) es una de las consecuencias, así que la sociedad no puede ser criticada por rechazar lo gordo. No es una cuestión cultural sino animal, anterior e independiente de lo social.

Si todos hiciésemos deporte y no comiésemos tanta mierda, COMO DEBE SER (así esta diseñado nuestro cuerpo, como cazador-recolector) no tendríamos este problema (nº 058)

Comer como lo hacian nuestros antepasados, esos que vivian en Altamira, sin alimentos refinados ni procesados, que son los que estan cargados de grasas, azucares y sal (nº 029)

Las personas obesas deben resignarse y aceptar que están yendo en contra de pautas animales “naturales”, como si las relaciones sociales (en el caso del atractivo físico) pudieran ser reducidas a la disyuntiva entre factores naturales y culturales, siendo los primeros los auténticos, los que tienen que ser atendidos sin remedio. Aparte de condenar a las personas obesas a asumir sin discusión el calificativo de *feas*, la responsabilidad por el ataque se diluye en la *cuestión animal*. Queda claro que la figura obesa no es atrayente para el sexo opuesto, y tampoco hay solución. Cada cual nace de una determinada manera y no puede hacer nada para cambiar:

Ser gordo es como ser feo como ser pobre o como ser idiota... (nº 016)

¿Qué le vas a hacer? Nadie quiere ser como tú, estás condenada al rechazo social. Algunos apelan a la sabiduría popular del refranero o revisten sus mensajes de tecnicismos médicos, con el mismo resultado de condenar a las personas obesas a un estado inmodificable de exclusión, escudándose en razones que no pueden ser discutidas

(la cuestión animal, la sabiduría tradicional, la ciencia médica). Los siguientes comentarios pecan de una falta absoluta de tacto en una cuestión que despierta tantas sensibilidades heridas:

En el refranero español se oye ... “coman berzas, coman tacos....nunca los gordos se hacen flacos” (nº 022)

Menos helados y más merluza. Obesos, ¡despertad! (nº 105)

Seguro que se puede ser feliz siendo obeso, incluso tomando pastillas para el colesterol desde los 40 años y medicándose para la hipertensión y la diabetes a partir de los 50. Estar obeso es un problema de salud que se va agravando con la edad. Una persona obesa desde los 10 años tiene una esperanza de vida de 15 años menos y con una calidad de vida muy inferior. Lo más probable es que no seas consciente de las implicaciones que tiene hasta que los daños a tu salud sean irreparables (nº 038)

Incluso los propios obesos creen que realmente no hay solución, e interiorizan estos discursos hasta hacerlos suyos:

Se es gordo y ya está, pero que no se nos criminalice (nº 040)

Vale que no podamos hacer nada por remediarlo, parece decir, pero que no nos discriminen por nuestro cuerpo, ¡ya es demasiado cruel ser gordo! Avergonzados de su propio cuerpo, intentan disculparse dando a entender que han hecho todo lo posible por no ser así. Han intentan cambiar en repetidas ocasiones, pero es frustrante ver que, por mucho esfuerzo que hagan, nunca lo conseguirán, resignados y sin esperanza:

No me gusta, intento remediarlo día a día, hago dieta, hago ejercicio, pero mis hormonas dicen que toda mi materia grasa ahí se queda (nº 030)

Lo que pasa al final es que te puedes tirar 3 meses a ese ritmo y adelgazar 3 miserables kilos (que, por supuesto, puedes ganar en menos de un mes con festividades). Y claro, esto es claramente desmotivante. Este creo que es el problema central (nº 121)

El alivio de los que no se han resignado demuestra también lo asumido que tienen los propios obesos que su gordura es problemática, satisfechos de haber conseguido la ansiada reducción de peso:

Me puse a comer mucho (comida saludable y vegetariana) y aumenté un 10% de mi masa corporal pero siempre con 2-3 horas de caminata. Nunca tuve problemas con la gente ni en las tienda pero sí en mi propio cuerpo, no estaba a gusto. Hace dos meses los he eliminado tranquilamente. Menudo alivio (nº 045)

Yo he adelgazado 30 kgs y sé cómo me sentía hace un año, y como me siento ahora, y quien nos cuente el cuento de los gordos felices, lo siento, pero no me lo creo... (nº 124)

Incluso la aceptación cobra matices de resignación, de insatisfacción. El deseo de cambio y el esfuerzo por cambiar parecen estar siempre presentes. No hay ni un solo caso entre los lectores del foro en que la obesidad sea aceptada sin añadir una coletilla que traslade la aceptación al terreno emocional negativo de la resignación:

Que tenemos que aceptarnos como somos. Todos tenemos defectos (nº 068)

No es justo que se nos meta a todos en el mismo saco, hay quien nos cuidamos muchísimo y aun así no podemos cambiar nuestro físico (nº 032)

Estoy obesa, así es y lo llevo. No me gusta, intento remediarlo día a día, [...] Ha habido mucha gente que me ha discriminado por el hecho de estar gorda, detestable palabra a mi gusto, pero por suerte ha habido otra que me ha aceptado tal y como soy (nº 030)

En definitiva, todos los comentarios recogidos en este apartado tienen cierto aire de inevitabilidad, sin dejar lugar a una posible discusión, ni siquiera entre las propias personas obesas. No existen posibilidades ni alternativas de cambio, ni las va a haber. Solo les queda conformarse con su infelicidad, resignarse a convivir con sus defectos y problemas.

(Casi todos) los obesos son responsables de su propio mal

Gran parte de la discusión en el foro gira en torno a la búsqueda de las causas y los culpables de la obesidad, como un modo de justificar las medidas que se proponen para tratar con las personas obesas, o para defenderse en caso de discriminación. La división clave se establece entre causas internas y externas, según caigan o no bajo la responsabilidad de la persona, en cuyo caso, podría ser recriminada y merecería un trato contundente por parte de la sociedad. La discusión plantea la cuestión en el terreno de la enfermedad y del perjuicio social, males sociales que merecen la búsqueda de un culpable que asuma la responsabilidad de causar molestias a los demás.

La búsqueda de un responsable ha estigmatizado a las personas obesas desde el punto de vista de la falta de autocontrol, la glotonería o la pereza. A pesar de que los expertos no hayan llegado a un consenso y de que no parezca existir una causa o factor de riesgo único para la obesidad, los lectores se hacen eco del discurso oficialmente defendido por las autoridades sanitarias y políticas:

A todos los que dicen que engordan comiendo casi nada: si estáis gordos es, lisa y llanamente, porque ingerís más calorías de las que quemáis. Así de sencillo, no tiene más. Así que o coméis menos, o hacéis más ejercicio, o ambas cosas. O seguís gordos (nº 134)

Yo a todos los que tienen sobrepeso les recomendaría más zapato y menos plato (nº 118)

Para los críticos, se trata de un problema de control interno, es decir, la obesidad sería consecuencia de factores asociados a una falta de autocontrol. Se asume que los obesos ingieren cantidades ingentes de comida, excesivas para una sola persona, que no suelen hacer ningún tipo de deporte, es decir, su vida es totalmente sedentaria, y en general, que no hacen nada por cambiar su estado físico. Ellos son los únicos culpables del estado de su cuerpo: si controlasen más su apetito y se esforzasen en hacer deporte no estarían en dicha situación, no serían gordos.

No me refiero a aquellos enfermos que tengan problemas médicos aun cuando intentan llevar una vida sana. A quien critico es a ese sector de la sociedad vago, egoísta, y acaparador. Estar obeso significa que puedes comer una cantidad de alimentos tremenda. (nº 067)

De todos los gordos que he conocido (y son muchos) solo una persona tenía un problema de verdad de tiroides, el resto tenía un problema con los fritos, las paellas el pan blanco y las cervecitas... (nº 063)

De este tipo de comentarios se extrae una diferenciación entre, digamos, los *obesos malos* y los *obesos buenos*. Los primeros son aquellos que podrían dejar de serlo si quisieran o se esforzasen, cuya obesidad es descrita como un problema de dejadez o de glotonería. Puesto que no ignoran las consecuencias de su comportamiento, son también responsables de todas las (supuestas) consecuencias negativas que producen en la sociedad, abriéndose la veda para atacarlos sin que la crítica pueda ser tachada como falta de ética. Así, no tienen derecho a quejarse o a reivindicar derechos, no se pueden escudar ante la etiqueta de enfermos, y por lo tanto, son una carga para la sociedad, el ejemplo a evitar.

Si ellos consideran que deben estar orgullosos de polucionar el planeta con sus calorías, que paguen por ello (nº 054)

Un segundo tipo de causas tienen que ver con todas aquellas personas que tienen sobrepeso por razones ajenas a su control personal. Estos son los *obesos buenos*, aquellos que merecen ayuda porque no son culpables, sino víctimas de su propio cuerpo o de la sociedad. Las principales causas externas, y las que mejor exculpan a la persona, son las razones genéticas u orgánicas, por ejemplo los casos de hipotiroidismo, que modifican el metabolismo impidiendo permanecer en un peso “adecuado” y haciendo muy complicada la lucha contra la obesidad.

Intento remediarlo día a día, hago dieta, hago ejercicio, pero mis hormonas dicen que toda mi materia grasa ahí se queda (nº 003)

En boca de los propios obesos, el argumento metabólico marca distancias para que no se los confunda con los *obesos malos*. Los obesos por tiroides asumen que el resto lo son

por razones personales, dando pie a legitimar sutilmente cierto tipo de discriminación o de crítica social hacia los otros:

Te entiendo perfectamente!!! He llegado a pesar 70 kilos (cuando normalmente pesaba 55-58) sin llegar a probar bocado e hincharme a hacer deporte. [...] no digo que todos los gordos estén gordos por problemas de salud, pero los que tienen tiroides SÍ. (nº 064)

He sido de los que se cuidan y hacen deporte toda mi vida. Desde hace unos años, por un problema de tiroides, no adelgazo ni a tiros. Y os garantizo que la gente es mala y discriminatoria. Las personas gordas no siempre lo están por pereza. (nº 028)

Este es un comentario muy significativo. La gente es mala, no porque discrimine, sino porque yerra al dirigir su discriminación hacia los *obesos buenos*, al incluir a todos en el mismo saco, pues, parece decir, sólo merecen crítica *los otros*, los obesos que lo son por pereza, dejadez o glotonería. En el intento de resguardar a este colectivo de enfermos, como decimos, la censura hacia la sociedad discriminatoria no hace sino legitimar sutilmente la discriminación hacia el resto de los obesos:

Los que ponéis en tela de juicio el hipotiroidismo, una enfermedad que puede terminar en cáncer, no merecéis ni respeto (nº 075)

Entre las causas ajenas al control personal, también hay que tener en cuenta factores culturales como son la poca práctica de ejercicio, las comidas rápidas, la mala educación en temas de salud, etc. Estos factores forman un entramado de pautas culturales que, supuestamente, tendrían una gran influencia en las personas obesas, siendo en este caso la sociedad considerada la principal responsable.

El colegio no tiene que educar a comer sano, eso es tarea de las familias, además los colegios están hartos de mandar escritos y los niños siguen llegando con pastelitos; sin embargo cuando hacemos desde el ampa el desayuno sano, los niños devoran la fruta (nº 101)

En un mundo lleno de calorías, de comida rápida, de azúcar en bebidas, de comodidad y sedentarismo, etc., etc., las personas con sobrepeso y obesas se hacen conforme a patrones culturales (nº 112)

Otro responsable a considerar son las industrias alimenticias que promueven el consumo de comidas cargadas de aditivos, azúcares y grasas, que además se venden a un precio más asequible que los alimentos que componen una dieta sana, como las frutas y verduras.

Soy una profesora española y resido en EEUU desde hace 3 años [...] para una familia de cuatro personas comer sano es prácticamente un calvario. A final de mes, cuando la necesidad aprieta, lo “mejor” es ir al McDonald’s donde, por unos \$4 por persona, te sirven una hamburguesa, patatas y un refresco que puedes volver a llenar todas las veces que quieras (nº 076)

Yo vivo en Edinburgh y os aseguro que comer sano no es equivalente a comer barato (sano me refiero practicamente a dieta mediterranea, por ejemplo, echa en casa... con tus verduritas, tus frutas...) aqui tres manzanas te cuestan 1L, lo mismo que te cuestan dos lasagnas congeladas... (nº 098)

De manera coherente, las propuestas para reducir la obesidad oscilan desde el polo personal (dieta y ejercicio) hasta el social (educación).

Nadie dice que tengamos que pasar dietas horribles o correr 3 maratones a la semana, sencillamente hay que tener hábitos alimenticios saludables, ejercicio moderado varias veces por semana, y a disfrutar sin agobios (nº 113)

En vez de tanta educación absurda en los colegios se debería enseñar a comer bien y a estar sano (nº 088)

Voto tambien por una educacion escolar en la que ensene a los ninos a comer (nº 098)

No obstante, tanto la solución educativa como el problema del coste de comer sano culpabilizan finalmente a los individuos. La sociedad no queda como una instancia

causativa verdaderamente externa, sino a través del individuo, que debe hacer un esfuerzo para aprender o debe decidir cómo gastar su dinero para comer o su tiempo para hacer ejercicio. Las personas obesas quedan así como los auténticos responsables de su situación y de las consecuencias sociales que supuestamente provocan, mientras que la sociedad se encuentra legitimada para culpabilizarles o, cuando menos, para criticarles abiertamente.

Los obesos no son normales

Etiquetar o categorizar a las personas es un modo de simplificar la realidad social y comprenderla con mayor facilidad, pero también es el inicio de una estigmatización que a menudo acompañará a la persona de por vida [10]. En este último apartado, haremos referencia a la categorización de las personas obesas como *raras*, personas fuera de los límites de la normalidad. En la discusión sobre el orgullo gordo, hemos recogido diferentes formas de etiquetarlos en esta línea, por ejemplo haciendo alusión a su incapacidad de realizar ciertas tareas *normales*, desde encontrar ropa de su talla, hasta atarse los zapatos.

Además no le veo muchas ventajas a eso de ser gordo, además de las ya mencionadas de la salud, el no verse los genitales o no poder abrocharse los cordones. Ni que tenga que ser razón de orgullo (nº 053)

Son muy comunes las referencias a los límites de peso que entran *dentro de los márgenes de la normalidad*. Las autoridades sanitarias, comenzando por la OMS, definen como obesas a las personas que superan cierta puntuación en el índice de masa corporal (masa/estatura^2), de tal modo que todo aquel que se salga de dichas pautas, por arriba o por abajo, pasará a ser considerado como fuera de lo apropiado o lo normal, entrando en el imaginario de lo *anormal* y lo *extraordinario*, lo que debe ser corregido o sanado.

Los límites de lo defendible están dentro de unos márgenes de masa corporal regidos por principios médicos. Y estar por encima o por debajo de esos límites supone entrar en el terreno de la enfermedad (nº 023)

La normalidad no solo hace referencia a los límites de peso, sino que también existen límites para lo estético. Los obesos distan de estar *cerca de la perfección*, definida según los estereotipos o estándares propios de nuestra época, con la consecuente discriminación por parte de la sociedad.

Se sufre mucho por la “gente perfecta” es muy cruel (nº 066)

La distinción, ya comentada en un apartado anterior, entre *obesos buenos y malos*, entre obesidad debida a factores metabólicos incontrolables o a la supuesta dejadez y voracidad voluntaria, introducen un nuevo matiz en el discurso de la anormalidad. Puede disculparse a los primeros por su obesidad (hasta cierto punto), son personas *normales* que sufren un *anormalidad* metabólica o corporal; los segundos quedan convertidos en paradigma de la *innaturalidad*, en ejemplo de lo que la personas pueden llegar a hacer para destrozar sus propios cuerpos.

Estos gordos naturales darán pábulo a los que lo son porque no saben controlar su apetito (nº 071)

Ya sea por una causa o por otra, la sociedad nos permite tildar a las personas obesas de seres anormales, fuera de lo común, raros, quizás como un modo de diferenciar entre los que somos y los que no somos obesos. La anormalidad nos sitúa en el terreno de lo extraordinario, de la exageración, llevado hasta lugares absolutamente inesperados tales como los argumentos sobre la polución del planeta, o la culpabilidad por el hambre en el mundo, que ya hemos visto antes. En el extremo, el argumento recuerda de manera lejana la imaginería de los monstruos exhibidos en las antiguas ferias [11].

Los gordos de EEUU no son como los nuestros, que son graciosos, dicen que aquéllos son como de película de miedo (nº 002)

La anormalidad legitima la discriminación y la estigmatización, pues convierte en razonable la conclusión del rechazo, de que es correcto marcar distancias con quienes no queremos que nos influyan, nos contagien o nos perjudiquen con su diferencia o su rareza. Y casi sin reparar en que todo margen encierra una gran dosis de arbitrariedad, que todos tenemos diferencias que pueden convertirnos en objeto de discriminación sólo

con cambiarnos de contexto, y que las categorías sociales (obesidad, normalidad) son el resultado de construcciones en las que cada uno de nosotros participamos, haciéndonos corresponsables de sus consecuencias.

El problema del estigma

Lo primero que nos llamó la atención durante la lectura inicial de los mensajes del foro fue la falta de tacto y la grosería de multitud de mensajes remitidos por lectores que opinan cruelmente de cosas que no les afectan y sobre las que posiblemente tengan un conocimiento limitado y estereotipado. Cuesta trabajo tildar de otro modo la forma que tienen de ofender a personas que viven una situación personal difícil y sensible, y que apenas encuentran motivos para sentir orgullo de sí mismas, sin necesidad de que acuda un tropel de lectores anónimos a demoler la poca (o mucha) ilusión que pueden construirse. La tónica general de crudeza y rechazo ilustra perfectamente la estigmatización de las personas obesas. Los argumentos utilizados para justificarla apenas sirven para darle legitimidad y para mostrar el escaso nivel dialéctico de la discusión.

En esta sociedad de “cuerpos perfectos”, de adoración de lo estilizado en la moda, del *fitness*, la imagen corporal y los remedios médicos milagrosos, las personas obesas son el “antisímbolo”, una de las imágenes públicas de lo que nuestra sociedad no quiere ser (Jana Evans Braziel y Kathleen LeBesco, 2001). Poco importan las causas que dan cuenta de su obesidad, ellos como individuos son los responsables conscientes de su cuerpo no deseado, quienes perjudican a la sociedad y quienes tienen que hacer esfuerzos por cambiar y por reparar el daño causado.

Desde nuestro punto de vista, abiertamente crítico, las supuestas consecuencias sociales, así como el falso diagnóstico de la dieta y el ejercicio, no son sino tópicos estereotipados, un manojo de argumentos manidos que cobran validez a fuer de ser repetidos hasta la saciedad por personas cuya competencia para opinar es evidentemente reducida o nula (incluyendo a la clase política y a muchos médicos que no hacen sino repetir de oídas metáforas y conclusiones falaces generalizadas por su simplicidad y por el altavoz de los medios de comunicación). Toda la sociedad lo repite, expertos,

personas con experiencia y otros que ignoran el tema, incluso las personas obesas lo repiten. El siguiente comentario del foro apunta muy bien lo que ocurre en la discusión:

Todos los comentarios que leo son contra los gordos. Menos los de gordos que se justifican. Así que en este mismo foro ha quedado demostrado que existe dicriminación (nº 075)

¿Cómo contradecir a tantas voces, cómo no dejarse llevar de la corriente de opinión y asumir que todo ello es cierto, que las personas obesas son enfermos perjudiciales para la sociedad, ellos solos culpables de estar abocados a un estado enfermizo por desidia y glotonería, a quienes debe responsabilizarse y hacer pagar los perjuicios que nos causan?

¿Y qué hacemos ahora?

Es posible que la desaparición del estigma no pase por la mera argumentación. Lo que cada lector aporta al foro analizado no es tanto la expresión de una opinión o el intento de describir su punto de vista, como el esfuerzo por intervenir en la discusión, por corregir a los que ya han intervenido, por convencer a los demás lectores de su error o de que deben pensar de un modo distinto. Los mensajes parecen, en primer lugar, un esfuerzo retórico, meros intentos de influencia, quizá un modo de legitimar el rechazo que sentimos hacia las personas que son diferentes por la forma de su cuerpo, alejadas de los cánones de la moda o el estilo. Sobre un fondo actitudinal prejuicioso, los argumentos se desgranán ad hoc, en un sinfín de críticas contra las que es imposible discutir: basta que se intente desmontar una de ellas, para que se apele a la siguiente, todas igualmente débiles, pero tan abundantes que parecen sumarse para construir una imagen negativa de imposible demolición. Discutir no es una estrategia útil para el cambio, dado que los argumentos son meros instrumentos (no importa si se arrincona al crítico en uno de ellos, tiene más). ¿Cómo sustituir, entonces, un lenguaje o un imaginario sobrecargado de argumentos críticos?, ¿con eufemismos, con más retórica en contra?

No creemos que lleve a ningún lado el mencionado argumento de los “obesos buenos” (es decir, reclamar un trato diferente para quienes son obesos por razones genéticas o

metabólicas), que podría parecer provechoso para mejorar la imagen de cierta parte del colectivo de las personas obesas, pero que puede ser una trampa porque reconoce (acepta) la situación de excepcionalidad y de negatividad de la obesidad, legitimando el rechazo. Se necesita un cambio en las metáforas y los campos semánticos con los que nuestra sociedad está elaborando el discurso sobre la obesidad (recordemos, las áreas clave parecen ser la salud, la moda y quizá algunas consecuencias sociales llamativas como el transporte público, la adaptación de espacios y mobiliarios). El éxito que está teniendo la nueva generación de modelos gorditas de alta costura o la imparable extensión de la venta *on-line* de tallas grandes, son elementos que muestran que algo está cambiando y que sin duda contribuirán a profundizar en el cambio. Angela Stukator (2001) analiza la presentación en el cine y la novela de modelos obesas *unruly* [desafiantes, rebeldes, indómitas] cuyo carácter seguro y asertivo contraviene la docilidad del rechazado, y sugiere describir sus biografías en términos afectuosos y cercanos, con los que el lector pueda identificarse a pesar de la imagen corporal de las protagonistas. En un caso similar, Fiona Gill (2007) analiza cómo las jugadoras de un equipo de rugby (mujeres corpulentas) en una localidad abiertamente machista, se sobreponen mediante canciones que tratan sobre la violencia sexual contra las propias mujeres, ridiculizando así el estereotipo que las sitúa en posición de inferioridad.

Se trata de transgresiones que buscan un impacto directo, un modo de destrozarse las expectativas estigmatizadoras, de obligar a que los críticos antiobesidad (los discriminadores) se replanteen sus creencias y valores al respecto. No obstante, esta posibilidad de acción debería ser manejada con cuidado, para que la transgresión no sea un modo de seguir planteando la cuestión de la obesidad en el terreno semántico del rechazo y la obsesión corporal, es decir, de seguir hablando en los mismos términos que proponen los críticos. En cuanto a la revisión o redefinición conceptual de la feminidad, la obesidad, la corpulencia, o de la distinción hombre-mujer a través de los análisis postestructuralistas con los ciborgs de Donna J. Haraway (1985) o la desterritorialización de Jana Evans Braziel (2001), son reflexiones serias que sin duda contribuirán a modificar poco a poco nuestras concepciones sobre estas cuestiones, aunque no sabemos si conseguirán salir algún día del estrecho espacio de la intelectualidad académica y extenderse a través de los discursos populares en los que anida el rechazo a las personas obesas.

Como ya hemos afirmado en la introducción, no nos interesa la supuesta motivación previa de los críticos, las ideologías o creencias previas de los lectores (si son conservadores o progresistas, si son discriminadores múltiples o si su infancia fue complicada; no son más que meros transmisores de un discurso que se ha impuesto y que debe ser cambiado para mejorar la vida de tantas mujeres (y hombres) obesas. Lo que nos interesa es el campo de posibilidades semánticas que quedan abiertas una vez que los mensajes son expuestos públicamente, los campos semánticos, los callejones sin salida, las vías por las que el lenguaje permite transitar cuando la discusión queda establecida en unos términos determinados. El objetivo último no es más que buscar los resquicios o los elementos con los que podría elaborarse un discurso sobre la obesidad más respetuoso con las personas obesas y corpulentas.

Notas

[1]: Baltasar Fernández-Ramírez, Elia Esquirol y Cristina Rubio, 2010; Baltasar Fernández-Ramírez, Enrique Baleriola y Elia Esquirol, en prensa.

[2]: Está pendiente realizar un análisis crítico de esta creciente literatura, en la que intuimos buen número de sesgos ideológicos, etnocéntricos y metodológicos. No obstante, mencionamos estos trabajos para mostrar cuán extendido se encuentra el estigma de la obesidad, al menos según se colige de la abundancia de estudios.

[3]: De hecho, esta parece ser la valoración que se tiene (y se ha tenido durante largas épocas de la historia) de la obesidad en múltiples áreas culturales diferentes a nuestras sociedades occidentales (Jeffery Sobal, 1991).

[4]: Tomás Ibáñez (2003) y Lupicinio Íñiguez (2003) han discutido extensamente sobre la cuestión del giro lingüístico en las ciencias sociales, subrayando el valor *performativo* del lenguaje y su enorme importancia en la creación y el mantenimiento de las prácticas sociales. Una perspectiva próxima ha mostrado su potencial teórico y político en el campo de la crítica feminista (Judith Butler, 2006).

[5]: No disponemos de datos numéricos de fiabilidad, dado que las asignaciones definitivas resultan de la posterior puesta en común y discusión en las reuniones de equipo, con independencia de las codificaciones previas realizadas por separado. Tampoco hemos incluido ninguna observación sobre la frecuencia de aparición relacionada con cada categoría de análisis. La frecuencia nos informaría sobre la extensión de una opinión entre los lectores (recuérdese que no es este nuestro objetivo de investigación), pero no sobre el peso que el campo semántico en cuestión tiene para la elaboración del discurso público sobre la obesidad. La relevancia de un campo semántico no está cifrada por su cantidad, sino por su cualidad, por sus vinculaciones con otros campos y por las posibilidades de discurso que legitima y sugiere.

[6]: Reportaje *La hora del 'orgullo gordo'*, disponible en:

http://www.elpais.com/articulo/sociedad/hora/orgullo/gordo/elpepusoc/20091130elpepusoc_1/Tes

[7]: Aunque obesidad y anorexia son discutidas en los campos de la salud y la belleza, ni las razones, ni las problemáticas personales, las intenciones, los modos de intervención o las características de las personas obesas y anoréxicas son iguales. Acaso ambas son juzgadas

frente al criterio del modelo actual de belleza, pero eso no las convierte en equiparables, ni eleva el modelo de belleza a virtuoso punto medio que deba ser alcanzado. Metonimias y metáforas no hacen aquí sino crear argumentos falaces que legitiman la estigmatización de ambos grupos.

[8]: La propia definición es problemática, puesto que lo que sea considerado un trato de “inferioridad” estará relacionado con distintas claves sociales y culturales (el sentimiento de ofensa puede ser mayor en lugares donde existe una especial sensibilidad hacia el rechazo de la obesidad), y dependerá de los sentimientos personales que puedan ser ofendidos (por ejemplo, una persona obesa puede sentirse discriminada si se la trata como impedida, pero algunas reclaman ser consideradas personas con discapacidad por la administración pública).

[9]: La sutileza con que se argumenta el prejuicio en nuestros días, ha sido estudiada profusamente en el caso del prejuicio frente a la población inmigrante (Thomas F. Pettigrew y Roel W. Meertens, 1995; J.F. Rueda y María Soledad Navas, 1996). Allí, los argumentos utilizados para justificar el rechazo son otros, naturalmente.

[10]: Nuestro pensamiento es categorizador, es decir, crea o emplea categorías (nombres, etiquetas) para designar conjuntos de elementos o para distinguir los elementos presentes en cada situación vital, simplificando la complejidad de nuestro mundo circundante y facilitando el comportamiento y la decisión. Inevitablemente también, toda categoría implica una reducción que diluye los matices, las diferencias entre ejemplares, considerando a todos iguales y (pre)juzándoles según los criterios que acompañan a la categoría general donde se insertan. El problema comienza cuando sumamos el sesgo endogrupal, la idea de que cada quien se define por contraposición con un *otro* que no somos *nosotros* (yo soy el que no es como el otro), cargando al otro con una retahíla de características y connotaciones negativas (John C. Turner, 1990).

[11]: Angela Stukator (2001) resume algunas ideas de Mijaíl Bajtin sobre el papel ambivalente de lo grotesco en la comedia y el carnaval, una mezcla de atractivo y repulsión que forma parte de la historia del circo, tal como vemos en multitud de clásicos de la comedia en el cine: “dwarfs, transvestites, hermaphrodites, freaks, monsters, and, of course, fat women” (p. 201).

Bibliografía

Acuña, Ángel (2001). 'El cuerpo en la interpretación de las culturas'. *Boletín Antropológico*, 1 (51), 31-52.

Berger, Peter L., y Thomas Luckmann (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Brazier, Jana E., y Kathleen LeBesco (Eds.) (2001). *Bodies out of bounds: Fatness and transgression*. Berkeley, CA: University of California Press.

Brownell, Kelly D., Rebecca M. Puhl, Marlene B. Schawrtz y Leslie Rudd (2005). *Weight bias. Nature, consequences and remedies*. Nueva York: Guilford Press.

Butler, Judith (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.

Charmaz, Kathy (2005). 'Grounded theory in the 21st century. Applications for advancing social justice studies'. En Norman K. Denzin, e Yvonna S. Lincoln (Eds.), *The Sage handbook of qualitative research*, 3rd ed. (pp. 507-535). Thousand Oaks, CA: Sage.

Contreras, Jesús (2002). 'La obesidad: una perspectiva sociocultural'. *Formación Continuada en Nutrición y Obesidad*, 5 (6), 275-286.

Davalos, Deana B., Ruth A. Davalos y Heidi S. Layton (2007). 'Content analysis of magazine headlines: Changes over three decades?' *Feminism & Psychology*, 17 (2), 250-258.

Davies, Brownyn, y Rom Harré (2007). 'Posicionamiento: la producción discursiva de la identidad'. *Athenea Digital*, 12, 242-259. Disponible en:
<http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital>

Fernández-Ramírez, Baltasar (2009). 'Construccionismo, postmodernismo y teoría de la evaluación: la función estratégica de la evaluación'. *Athenea Digital*, 15, 119-134. En:

<http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/559/460>

Fernández-Ramírez, Baltasar, Elia Esquirol y Cristina Rubio (2009). 'Posición de la mujer en las noticias sobre obesidad en la prensa escrita'. En M^a Elena Jaime de Pablos (Eda.), *Identidades femeninas en un mundo plural* (pp. 684-703). Almería: Arcibel. Disponible en: <http://www.audem.com/publicaciones.php>

Fernández-Ramírez, Baltasar, Cristina Rubio, Ana Belén Gallego y Elia Esquirol (en preparación). *La obesidad no es una discapacidad, ¿o sí?*

Foucault, Michel (1979). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI.

Foucault, Michel (1999). 'The means of correct training'. En Anthony Elliot (Ed.), *The Blackwell reader in contemporary social theory* (pp. 97-106). Oxford: Blackwell.

Gill, Fiona (2007). 'Violent' femininity: Women rugby players and gender negotiation. *Women's Studies International Forum*, 30 (5), 416-426.

Goffman, Erving H. (1963). *Stigma: Notes on the management of spoiled identity*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.

Goffman, Erving H. (1974). *Frame analysis: An essay on the organization of experience*. Nueva York: Harper & Row.

Goffman, Erving H. (1981). *Forms of talk*. Oxford: Blackwell.

Grogan, Sarah (2008). *Body image. Understanding body dissatisfaction in men, women, and children*. Londres: Routledge.

Haraway, Donna J. (1991). 'A cyborg manifesto: Science, technology, and socialist-feminism in the late twentieth century'. En *Simians, cyborgs and women: The reinvention of nature* (pp. 149-181). Nueva York: Routledge.

Hebl, Michelle R., y Laura M. Mannix (2003). 'The weight of obesity in evaluating others: A mere proximity effect'. *Personality and Social Psychological Bulletin*, 29 (1), 28-38.

Ibáñez, Tomás (1990). *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona: Sendai.

Ibáñez, Tomás (2006). 'El giro lingüístico'. En Lupicinio Íñiguez (Ed.), *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales* (pp. 23-45). Barcelona: UOC.

Íñiguez, Lupicinio (2006). 'El lenguaje en las ciencias sociales: fundamentos, conceptos y modelos'. En Lupicinio Íñiguez (Ed.), *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales* (pp. 47-87). Barcelona: UOC.

Manning, Peter K., y Betsy Cullum-Swan (1994). 'Narrative, content, and semiotic analysis'. In Norman K. Denzin, e Yvonna S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (pp. 463-477). Thousand Oaks, CA: Sage.

Pettigrew, Thomas F., y Roel W. Meertens (1995). 'Subtle and blatant prejudice in Western Europe'. *European Journal of Social Psychology*, 25 (1), 57-75.

Rose, Nikolas, y Peter Miller (1992). 'Political power beyond the State: problematics of government'. *The British Journal of Sociology*, 43 (2), 173-205.

Rueda, J.F., y Marisol Navas (1996). 'Hacia una evaluación de las nuevas formas del prejuicio racial: las actitudes sutiles del racismo'. *Revista de Psicología Social*, 11, 131-149.

Serra, Giane M.A., y Elizabeth M. Santos (2003). 'Saúde e mídia na construção da obesidade e do corpo perfeito'. *Ciência & Saúde Coletiva*, 8 (3), 391-701.

Sobal, Jeffery (1991). 'Obesity and socioeconomic status: A framework for examining relationships between physical and social variables'. *Medical Anthropology: Cross-Cultural Studies in Health and Illness*, 13 (3), 231-247.

Strathern, Marilyn (1991). 'Fuera de contexto. Las ficciones persuasivas de la antropología'. En Carlos Reynoso (Comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna* (pp. 241-252). Barcelona: Gedisa.

Stukator, Angela (2001). "It's not over until the fat lady sings". Comedy, the carnivalesque, and body politics. En Jana Evans Braziel y Kathleen LeBesco (Eds.), *Bodies out of bounds. Fatness and transgression* (pp. 197-213). Berkeley, CA: University of California Press.

Tirado, Francisco José, y Martín Mora (2004). *Cyborgs y extituciones. Nuevas formas para lo social*. Guadalajara, Mx: Universidad de Guadalajara.

Tyler, Stephen A. (1991). 'La etnografía posmoderna: de documento de lo oculto a documento oculto'. En Carlos Reynoso (Comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna* (pp. 297-313). Barcelona: Gedisa.

Turner, John C. (1990). *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata.

Van Dijk, Teun (1998). *Ideology. A multidisciplinary approach*. Londres: Sage.

Resumen

La discusión sobre el “orgullo gordo” y la supuesta pandemia de la obesidad han encontrado un espacio político y comercial receptivo en nuestras sociedades occidentales, y poco a poco amenaza con extenderse por todo el mundo. Siguiendo con anteriores trabajos, interpretamos y comentamos aquí los envíos remitidos por un grupo de lectores en respuesta a un artículo polémico publicado en las páginas de un periódico digital de difusión nacional. Más que intentar descifrar las supuestas motivaciones o intenciones de los lectores, nuestro objetivo es desarrollar algunas ideas sobre el modo en que las personas obesas resultan posicionadas o caracterizadas a través de los mensajes al foro del periódico: como personas enfermas, anormales, asociados con otros grupos socialmente mal considerados, discriminados, perjudiciales para la sociedad y condenados a resignarse con su estado obeso. Nuestro trabajo persigue poner de manifiesto el trato desconsiderado y estigmatizador que nuestra sociedad depara a las personas gordas, así como explorar algunas claves de actuación que sirvan para reducir el estigma.

Palabras clave

Obesidad, estigma social, posicionamiento, orgullo gordo.

Abstract

The discussion on “fat pride” and the supposed obesity pandemic have found receptive political and commercial space in our Western society, and little by little threaten to spread around the world. Following previous studies, we comment on and interpret a series of posts sent in by readers in response to a controversial article published in a digital newspaper with national coverage. Rather than try to decipher readers’ motives or intentions, our purpose is to develop a few ideas expressed in the forum of the newspaper on the way fat people are positioned or characterized as people who are ill or abnormal, associated with other socially inferior groups, discriminated, considered harmful to society and condemned to resign themselves to being obese. The purpose of this study is to make visible the inconsiderate and stigmatizing treatment our society gives fat people, and try to explore some keys to action that can reduce that stigma.

Keywords

Obesity, social stigma, positioning, fat pride.